

TARASOVA

A. TARASOVA

I. CHUVELEV



SELECCION
FILMS DE
AMOR 50
Cts

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL

NUEVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Telonista, 334-Agustador 707-Tel. 70807-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Lugar de venta: Edad. Gral. Española de Librería, Barbak, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 29

Garasova

(Groza)

"Groza", el drama teatral del conocido autor A. N. Ostrovsky, es un estudio profundo del alma de una pobre mujer rusa en los mediados del siglo XIX, con sus prejuicios y supersticiones, su misticismo y temor religioso. Drama de grandes concepciones, de reacciones fuertes y emotivas mantiene en suspenso el ánimo del espectador durante todo su desarrollo y no decrece ni un solo instante su vigorosidad.

Narración literaria de
M. Nieto Galán



CASA CENTRAL

Director - Propietario

D. Saturnino Ulargui

Antonio Maure, n.º 7

M A D R I D

Sucursal de Barcelona

Gerente

D. E. Gómez Miravé

Balmes, 79-Tel. 79132

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Katarina A. K. TARASOVA
Kabanova V. O. Massalitinova
Tikhon, su hijo, . . . J. P. Tchouzelev
Varvara J. P. Zarubina
Dikoy M. M. Tarkhanov
Boris Gregorevitch . . J. M. Tazarev

Producción
"SOYOSFILM"

Realizador
Vladimir Petrov

**PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN**

TARASOVA (Groza)

ARGUMENTO DE
DICHA PELÍCULA

ANTIGUAS COSTUMBRES

Remontémonos a la Rusia del siglo XIX, en la que sus habitantes aún se hallaban poseídos por los más extraordinarios prejuicios y raras costumbres. Época en que la mujer rusa parecía ser, más que un ser humano, un «algo» indefinido que Dios había creado para regalo del hombre y sumisión al mismo.

Los casamientos rara vez se realizaban por amor y en aquellos concertos matrimoniales, más que ningún sentimiento entraban los cálculos materiales, el tanto tiene y tanto recibo.

Se valoraba a la mujer, no por su belleza o condiciones y cuanto mayor era ésta, mayor era también el número de fincas, sino por la dote que pudiera aportar a su matrimonio solicitantes de la joven, que veía unida su vida a la de un hombre, no porque ella lo quisiese, sino porque así lo habían dispuesto los padres de los contrayentes, quienes antes de dar el consentimiento para la boda discutían la dote de la muchacha valorando como si se tratase de una mercancía cualquiera.

En estas circunstancias no hubiera sido nada extraño que la mujer rusa llegase a faltar a su esposo, instigada por el amor que otro hombre hubiera podido hacer nacer en su corazón, pero contra este sentimiento espontáneo del amor oponía un muro casi indestructible la religión.

El temor a la otra vida, al castigo divino mantenía a la mujer en una fidelidad verdaderamente inexplicable y en una sumisión de casi esclava, que se sometía con resignada humillación a la voluntad del hombre que le habían dado por marido.

Por aquellos tiempos vivía en una población rusa la joven Katarina, muchacha de una singular belleza, de alma mística y propensa a todos los prejuicios y temores, que había quedado huérfana desde hacia años y al cargo de Dickoy Savely Protokofiev, rico comerciante del pueblo, que supo educar a la muchacha con temor a Dios y abnegada obediencia.

Conforme Katarina, o Katia, como la llamaban cariñosamente, había ido creciendo, había ido también en aumento su belleza, habíase convertido en una mujer, que con un alma infantil, poseía el encanto fascinador de la mujer ingenua. En aquel ambiente tutelar Katia había sido feliz, no había conocido las grandes tragedias de la vida y por eso su alma, que necesitaba del romanticismo, plena de sensibilidad, exquisita de sentimientos, presentía en las menores manifestaciones extrahumanas un sentimiento de temor, de cohibición absoluta, como si viera en cada una de ellas el poder inagotable del Creador.

Uno de los hechos que más espanto causaban en el alma de la infeliz niña era la tempestad, temblaba ante los truenos y relámpagos, y todo su cuerpo se estremecía de temor y espanto al sentir el ruido de la tormenta.

Crecía con certeza infantil que la tempestad no era un fenómeno de la naturaleza sino demostración del poderío de Dios que se mostraba de aquella forma asordecedora para acusar al culpable de alguna acción delictiva.

Pero Katia había nacido en una época poco propicia para los sentimentalismos, en una época en la que los sentimientos femeninos no tenían valor alguno y en la que ninguna mujer podía dejarse llevar por los dictados de su corazón para convertir en realidad los sueños rosados de los diez y nueve años. La materialidad de la vida imponíase sobre ellas y las muchachas tenían casi siempre que olvidar al hombre que había hecho latir, aunque fuera misteriosamente, su corazón para consentir en ser la mujer de otro a quien ni amaban y muchas veces no conocían, pero que se conformaba con la dote que ellas podían aportar.

Acostumbrada a los hechos, Katia tampoco se opondría a la costumbre de su pueblo y cuando llegase el momento oportuno ella también consentiría en ser la esposa de un hombre

que tal vez fuese la representación contraria del ideal que que su alma infantil habría soñado.

Y así sucedió, en efecto. Katia quedó apalabrada como futura mujer de Tikhon, un hombre de costumbres toscas, de aspecto poco agradable y cuya voluntad se hallaba sometida al yugo materno, que por cierto dejaba mucho que desear.

La familia Tikhon la componían la madre, viuda, el hijo y una hermana llamada Varvara.

Esta última vibraba interiormente de indignación hacia aquellas costumbres que obligaban a la mujer a ser de un hombre a quien no amaba, de tener que someterse sin voluntad a un amor que le era impuesto, pero este sentimiento lo ahogaba en lo más profundo de su alma, comprendiendo que su manifestación produciría el asombro y hasta el desprecio de las personas que lo conociesen.

Su madre, sin embargo, comprendía la vida de la mujer rusa de muy distinta forma. Para ella la esposa había de ser un ser sin más voluntad que la del marido, dispuesta siempre a obedecer sin replicar las órdenes del esposo y a estar sometida continuamente al yugo matrimonial con todas las obligaciones, pero sin el menor despecho.

Su carácter autoritario, despótico y dominante había conseguido imponerse a sus hijos y en su casa sólo se hacía lo que ella ordenaba, sin tener en cuenta para nada los deseos de sus hijos.

Tikhon, por su parte, no era tampoco el hombre capaz de hacer la felicidad de una mujer un poco sensible. Poseía el defecto de la bebida y además una sumisión al poder materno que le hacía un hombre sin carácter y sin voluntad.

Conoció a Katia y la belleza de aquella mujer llamó su atención y si no hizo nacer en su corazón ese amor pasional que induce al hombre en pos del amor de ella, sí despertó en él cierto deseo de ser el esposo de Katia. Su madre, al saber que su hijo quería casarse con aquella joven, indagó primeramente los beneficios que podía ofrecerle aquella unión.

Pero Katia amaba a otro hombre, sentía en lo más íntimo de su corazón una pasión que abrasaba y era el objeto de este amor Boris Gregorevitch, el sobrino de su propio tutor.

También él admiraba la belleza de Katia, también él sentía por ella aquel gran amor, que ignoraba correspondido, y

en aquel mutuo silencio florecía la pasión con mayor arraigo a medida que el tiempo transcurría.

Boris Gregorevitch, de figura elegante, de correcto porte, de distinguidas maneras, era uno de esos hombres que por sí mismos pueden hacer sentir una gran pasión en alma cualquiera de mujer; una pasión tan fuerte como la que había inspirado en Katia.

Concertóse el matrimonio entre ésta y Tikhon, segura la madre de éste de que la dote de la muchacha era respetable y solamente por esta idea aceptó como nuera a aquella muchacha.

Las vecinas y comadres del pueblo le habían dado informes de lo que sospechaban que podía aportar Katarina a la boda y la vieja Kabanova, después de hacer cábalas, creyó que aquella boda sería benéfica para su hijo y que tal vez con ella abandonaría su afición al alcohol.

En el ánimo de la madre de Tikhon no entraba para nada la felicidad de su hijo ni el deseo de que éste encontrase una esposa digna de él. Su alma propicia a todas las ambiciones estimaba más que la bondad de la joven, más que su pura inocencia aquella dote que esperaba recibir como recompensa al matrimonio de su hijo.

El dominio que ejercía sobre la voluntad de éste era una garantía de que cuanto aportase Katia al matrimonio iría a parar a sus manos y ella dispondría de ella con absoluto albedrío, lo mismo que disponía de cuanto ganaba en la actualidad Tikhon.

En la casa de éste no había más voluntad que la de la madre, no se hacía otra cosa que la que ella decía y cuanto ganaba Tikhon pasaba íntegro a poder de su madre, excepto cuando empezaba a beber y se embriagaba. Eran aquellos momentos de anomalía cerebral los únicos en los que se rebelaba Tikhon y los únicos también en los que su madre aceptaba sus deseos, con miras a que cuando desapareciesen los vapores del alcohol poder otra vez hacer ella su voluntad.

Katia entre tanto, veía acercarse el momento fatal, veía que los días pasaban y que no llegaría en tardar aquel fatídico momento en que tendría que unir su vida a la de un hombre que no le inspiraba ningún sentimiento amoroso. Si se hubieran podido analizar los sentimientos de la joven res-

pecto al que había de ser su esposo no hubiera sido difícil apreciar en ellos cierto desprecio, cierta repugnancia hacia aquel hombre. El alma romántica de Katia, su sensibilidad extrema de mujer que siente mucho más alto de aquellas miserias humanas a que se entregaban con sus cálculos los demás, protestaba de aquel sacrificio a que se la iba a obligar, sentía dentro de sí misma una necesidad de protestar de aquel derrumbamiento de todas sus ilusiones y la figura de Boris, comparada con la de su futuro esposo adquiría en la mente de la infeliz joven proporciones incommensurables.

Pero comprendía también Katia que entre ella y Boris había un obstáculo que resultaba imposible de salvar, un abismo que era insondable y en cuyo fondo estaba ella mientras que Boris se hallaba en la cima más alta.

Sus posiciones sociales eran completamente diferentes. Ella nada tenía, ni nada podía ofrecerle a él, como no fuera aquella sincera pasión que la dominaba, aquel amor puro y tan fuerte como su propia vida, mientras que él, sobrino de uno de los más ricos comerciantes poseía una fortuna que nunca sus familiares habrían consentido que la compartiese con ella.

Era un convencimiento doloroso, un convencimiento que hacía enmudecer sus labios y ponía en sus ojos llamaradas de fuego cuando se encontraba frente a Boris y se veía contemplada por él. En aquellos momentos, Katia olvidando los prejuicios sociales se habría lanzado a los brazos de él y le habría expresado todo el amor que por él sentía, mas la idea de su pobreza la retenía y callaba su sentimiento.

Los días que precedían a la boda, esos días que para todas las muchachas son de infinita felicidad, puesto que ven acercarse el momento feliz que tanto han deseado eran para Katia días de tortura.

Para todas las mujeres son esos días inolvidables. ¡Con cuánta emoción no van haciendo sus preparativos! Cada objeto, cada prenda de su ajuar es un motivo más de alegría, un algo que les parece que la va acercando al ser adorado, sin embargo, para Katia todo aquello eran eslabones que iban formando la cadena que había de esclavizarla a un hombre a quien su feminidad rechazaba.

En la soledad de su vida, Katia a veces se encerraba en su alcoba y lloraba a solas su desgracia, la tragedia de aque-

lla vida sin que jamás hubiera experimentado en ella una sensación de alegría.

Cuando le comunicaron la noticia de su boda con Tikhon, tuvo un momento de rebeldía, un sentimiento de protesta y le dijo a su tutor:

Pero si yo no amo a ese hombre, ¿cómo me voy a casar con él?

Su tutor sonrió indiferente a la tragedia que empezaba a nacer en el alma de su ahijada y le respondió:

—Si no se casaran nada más que las mujeres que aman, pronto quedarían todas solteras. ¿Acaso hay que amar para casarse?

—Eso creo yo—respondió con su natural timidez la muchacha—. Unirse a un hombre sin amor, ¡debe ser algo terrible!

Su tutor lanzó una carcajada y respondió:

—¿Crees tú que el amor nace de pronto?... Cuando lloves algún tiempo casada ya verás cómo le amas... Ninguna de nuestras mujeres se casó amando a su marido, eso viene luego, cuando se acostumbran a vivir con él. El amor va naciendo en todas a medida que transcurren los días en compañía del marido.

Katia no lo comprendía así, no podía creer que el amor pudiera imponerse al corazón razonándolo con la conveniencia de que había de amar al hombre que se le señalaba. Estaba segura de que ella no llegaría nunca a amar a Tikhon y que sería una desgraciada.

Su tutor sin poder adivinar aquellos pensamientos de la joven terminó la conversación diciéndole:

—El amor es un sentimiento romántico que para nada sirve en la vida. En otras partes dicen que las mujeres se casan enamoradas de sus maridos y, sin embargo, son en esos países donde más maridos suelen ser engañados. Nuestras costumbres son diferentes y también las más sanas. Fíjate como aquí es muy difícil que una esposa engañe a su marido... La que lo hace ya sabe que jamás podrá levantar cabeza ante nadie, si no es que paga con su vida la falta cometida... Hazmo caso a mí y déjate de todas esas tonterías que están muy bien en los cuentos, pero que son pura fantasía y por eso no pueden llevarse a la realidad.

LA BODA

Llegó el día de la boda, llegó el momento en que Katia tuvo que dejar aquella casa donde tanto tiempo había vivido y siguiendo las órdenes de su tutor se sometió sin protesta alguna a su casamiento con aquel hombre que rechazaba su corazón y su fina sensibilidad de mujer.

A partir de aquel día su vida había de cambiar por completo, su tranquilidad no alterada hasta entonces iba a entrar en lucha constante contra los embates del destino y Katia, ajena a aquel porvenir sombrío que la esperaba, se prestó a ser la mujer de Tikhon, con el sometimiento propio de las otras jóvenes a quienes había visto casarse.

Ataviada con su traje de novia, la belleza plácida y tranquila de Katia resaltaba más aún entre los albores de su manto de desposada y en sus ojos de una negrura insondable podía leerse un misterioso dolor, un brillo de sordo sacrificio y de callada resignación.

Cuando después de la ceremonia se encerró en su cuarto de desposada, Katia miró en torno de ella a cuantos objetos la rodeaban y que le eran desconocidos. Nada había allí que le hablase familiarmente, nada de cuanto la rodeaba le hablaba de amor, nada le decía de aquel sentimiento que ella había imaginado tan sublime y que ahora lo veía tan materializado por las conveniencias ajenas. De pronto sintió que la puerta de la habitación se abría y aparecía el que ya era su esposo. Un sentimiento de repulsión le produjo la presencia de aquel hombre que tan poco había puesto de su parte para ganar su amor. Se vió sola, a merced de él y lo miró fijamente como si quisiera detenerlo con la mirada.

Tikhon avanzó hacia ella. Su rostro de poblada barba adquirió ante los ojos de la desposada un aspecto extraño y continuó silenciosamente, cerca de la ventana, pero sin dejar de mirarlo.

Tikhon, cuando estuvo al lado de ella, le dijo groseramente:

—Ya eres mi mujer... Tendrás que obedecerme en todo.
¿Lo entiendes?

Katarina no respondió, bajó la cabeza como el que está bajo el peso de una tragedia, y sintió que los brazos del marido le rodeaban el cuerpo y que su aliento maloliente le azotaba el rostro.

A partir de aquel día la vida para Katia fué un verdadero calvario. Entre su suegra y su marido le hacían la existencia imposible y aquella alma que había nacido para ser amada, que tan necesitada estaba de cariño, no encontró a su alrededor más que grosería e insultos.

Katia se había hecho a la idea de que aquella vida tenía que ser siempre igual hasta que muriese. Comprendía que era inútil rebelarse contra ella y por lo mismo quiso hacerla más fácil, más llevadera y pensó que lo mejor sería ganarse la voluntad de sus nuevos familiares.

Se hizo el propósito de ver en la madre de Tikhon una nueva madre para ella y toda la dulzura que había en su alma, todo su cariño lo inclinó hacia aquella mujer, a quien consideró como un consuelo en su desventura.

Desde el primer día le mostró un respeto que era más bien una sumisión completa y absoluta. Jamás le discutió el menor deseo ni se opuso a su menor capricho. No obstante, no necesitó mucho tiempo para conocer que se había engañado en sus propósitos y que aquella mujer nunca llegaría a quererla como ella lo deseaba. Pronto comprendió el egoísmo de que estaba poseída, y adivinó también los celos que la atormentaban.

La madre de Tikhon en vez de haber visto en Katia una nueva hija, en vez de corresponder a aquel cariño con que le brindaba la joven, le ofreció desde el primer instante una resistencia tenaz. Creyó ver en ella una rival que podría quitarle el mando de aquella casa y desde el primer instante luchó para alejar a su hijo de su esposa, incitándole al desprecio y a no ver en ella más que a la mujer que satisfacía sus apetitos masculinos.

Tikhon con esta actitud materna fué más indiferente para Katia. Jamás oyó ésta una frase amorosa, jamás Tikhon se le acercó para ofrecerle una caricia que no encerrase dentro

de ella una ofensa para la dignidad de esposa que se siente desecada, pero no amada.

La pobre muchacha, a pesar de todo ello no desistía de su propósito y luchaba contra aquel desprecio de su suegra para ganarse su voluntad. Ponía de su parte cuanto era humanamente posible, pero todo resultaba inútil. Aquella mujer parecía no tener corazón o si lo tenía ponía todo su afán en no sentir, ni comprender toda la belleza sentimental de la niña que el Destino le había dado por hija.

Incluso los disgustos que entre madre e hijo había anteriormente por las borracheras de Tikhon desaparecieron y cuando él volvía a la casa ebrio de vodka la madre no tenía ni un gesto ni una palabra de reconvención. Aquellos momentos eran para Katia de una tortura infinita. Cuando veía a su esposo llegar ebrio a su casa, el aspecto de aquel hombre era mucho más repulsivo, más odioso que nunca y la pobre muchacha procuraba disimuladamente encerrarse en su cuarto para que su esposo no la viese y pasar desapercibida para él, con el afán de que no la molestase con sus caricias soeces o con sus groserías de hombre que no sabe comprender el respeto que se debe a toda mujer y los sentimientos que éstas poseen.

Afortunadamente para ella tuvo en su cuñada una amiga sincera, una amiga que supo comprenderla y que la ayudó a sobrellevar el peso de aquella cruz que había echado sobre sus hombros. Pero Katia a nadie podía quejarse, de nadie podía recibir un consuelo y por lo mismo se entregó a aquel cariño que le brindó Varvara con toda la sinceridad de un alma que no sabe de dobleces ni hipocresías.

Muchas veces las dos jóvenes hablaban de sus años anteriores, de aquella vida que ninguna de las dos sabía de la otra y Katia se la explicaba diciéndole con encantadora ingenuidad:

—La vida con mi madre consistía en levantarme temprano, casi al amanecer, en el verano, me lavaba en el manantial y traía agua para mis flores... Yo tenía muchas, muchas flores.

—¿Y luego?—le preguntaba Varvara.

—Mi mayor satisfacción era ir a la iglesia. El ir al templo era para mí lo mismo que ir al Paraíso. Allí quedaba en un

éxtasis delicioso y nada veía, ni nada recordaba... Volaba el tiempo y me parecían que eran segundos los que hacía que estaba allí.

Varvara la oía entusiasmada. Había tanta sinceridad en sus palabras, tanta sencillez, que se extasiaba en oír las palabras de su cuñada, que seguía diciéndole:

—La gente me miraba atónita, pero yo ni me daba cuenta, porque me parece que hasta soñaba... ¡Eran unos sueños deliciosos, unos sueños en los que veía iglesias de oro y jardines fantásticos, donde se oían cánticos de voces divinas y perfumes excelsos... A veces, hasta me parecía que huía de la tierra y me sentía elevada a espacios infinitos...

Y en aquellos dulces coloquios Katia encontraba un consuelo para su alma y un sosiego para su corazón, que seguía latiendo por el único hombre a quien había amado.

Lo que más indignaba a la madre de Tikhon era el ver que su hijo empezaba a demostrar ciertas preferencias por su mujer y que ésta, en contra de lo que ella había pensado, no había aportado al casamiento la dote que se imaginara. Esto dió lugar a violentísimas escenas entre la madre y el hijo y Katia las presenciaba dándose cuenta del valor insignificante que tenía para aquellos dos seres.

No hacía un mes que se habían casado cuando, después de una de las reyertas entre madre e hijo, ésta, al ver que Tikhon no quería comer, le dijo:

—¿Por qué no comes?... A la madre no se le pone esa cara.

—Yo no digo nada, madre—respondió él, sumiso como siempre—. Yo lo sufro todo.

—¡Lo sufres todo! —repitió irónicamente la madre—. ¿Acaso quieres engañarme a mí?

—¿Engañarte?—preguntó extrañado su hijo—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que estoy viendo a diario. Demasiado que me doy cuenta.

—Pero, ¿de qué?—preguntó nerviosamente su hijo.

—Que desde que te casaste ya no quieres a tu madre como antes.

—No digas eso, madre—respondió su hijo—. ¿Por qué no he de quererle?

—Porque quieres más a tu mujer... Ella es la que te ha ido separando de mí...

El la miró cada vez más extrañado por aquel pensamiento materno y su madre le preguntó:

—¿Es tu mujer la que te aconseja?

—Es injusto que digas eso, madre—intervino Katia, que oyó las últimas frases de su suegra.

Esta la miró severamente y arrojando toda su indignación en la mirada que la dirigió, le dijo:

—¡Calla cuando no te pregunto!

Katia guardó silencio sin atreverse a responder por temor a ella y a su marido, y su suegra volvió a echarle en cara su falta de dote diciéndole:

—Sería mejor que te acordaras de la dote que ibas a traer...

La infeliz muchacha sintió que un ahogo le subía a la garganta, pero tuvo fuerzas bastantes para no dejar salir las lágrimas y su suegra, sin la menor compasión, siguió diciéndole:

—Treinta mil rublos ofrecieron... ¿Y cuánto han dado por tu casamiento?

Tikhon comprendía que su madre no tenía razón al ofender de aquella forma a Katia, por unos momentos tuvo compasión de ella y replicó:

—Pero ¿es acaso su culpa, madre?

Esta lo miró con dureza. En sus ojos brillaba un relámpago de celos. Sentía celos de que su hijo pudiese llegar a querer a aquella mujer que la había engañado puesto que ella la creyó bien dotada y para hacer callar a su hijo le respondió:

—¡No la defiendas!... Ya sé que la quieres más que a tu madre... ¿Quieres también hacerla dueña de la casa?

Katia quería congraciarse con aquella mujer y ponía todo su empeño en ello sin conseguirlo y sin recoger las humillaciones que le hacía, le respondió cariñosamente:

—Pero, madre, ¿cómo puedes pensar tal cosa?

Sin embargo, la vieja no se daba cuenta de toda aquella humildad, no se daba cuenta del daño que hacía a la infeliz, o bien lo hacía a sabiendas para vengarse de aquella forma de la falta del dote y le respondió despectivamente:

—Ya llegará el momento en que haréis lo que os plazca... No tardaré mucho en morirme y viviréis alegres.

Katia la oía con la mirada fija en el suelo, sin atreverse a mirarla de frente por miedo a que su irritación fuese mayor y la vieja, levantándose airadamente, siguió gritando:

—Pero ahora estoy viva todavía y se hace lo que yo quiero... ¡El dinero es mío!

Salió su madre y Tikhon, dirigiéndose a su esposa, en vez de procurar tranquilizarla le dijo:

—¡Imbécil!... ¡Todo esto sucede por ti!... ¡Estoy ya harto!

Salió dejando sola a Katia acompañada de su cuñada, y la pobre mujer, sin poderse contener más, se echó en brazos de ella llorando amargamente y diciéndole:

—¡Quiero morirme, Varvara!... ¡Marcharme lejos!

Varvara la acarició dulcemente y como si fuera una niña a la que consolara le dijo:

—No digas eso, Katia... ¿Dónde irías?... Tú eres una mujer casada y eres de tu marido...

Katia miró a su cuñada y sonriendo melancólicamente le respondió:

—¡Qué poco me conoces!...

—¡No te comprendo!—exclamó a su vez Varvara, que le pareció ver algo extraño en su cuñada. Esta volvió a decirle:

—Si llega el día, nadie podrá retenerme. Me arrojaré al Volga.

—¡Katia!—exclamó asustada su cuñada—. ¡Vuelve en tí! Yo comprendo todo lo que te pasa, comparto contigo tu angustia, pero sigue aquí, hazlo por tu bien, por mí...

—No, no me iré—exclamó ella con energía—. Si quisiera irme, me iría, sin que nada ni nadie pudiera retenerme, me iría aunque me despedazasen.

Y nuevamente se dejó vencer por el llanto, mientras que Varvara la acariciaba y le decía:

—¡Eres un ser extraño!... ¡Que Dios te bendiga!

LA CONFIDENCIA

Pasaban los días y a medida que Tikhon se apartaba más del corazón de Katia mayor era el recuerdo de Boris Gregorévitch. Los dos enamorados mutuamente suspiraban por aquella separación en la que ninguno puso nada de su parte para evitarla, pero con la ausencia el amor fué haciéndose más fuerte en los dos corazones y Varvara, con esa intuición propia de toda mujer, llegó a sorprender que Katia le ocultaba algún secreto y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Katia?...

La joven se encogió de hombros y respondió humildemente:

—Nada, Varvara... Te agradezco tu interés.

Varvara la retuvo junto a ella y le dijo:

—Creí que me querías más, que te merecía confianza.

Katia la miró avergonzada y le preguntó:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque estoy segura de que tienes un secreto que te destroza el alma y no quieres decírmelo, sin pensar que tal vez yo pueda serle útil.

Era tanto el cariño con que le hablaba su cuñada, tanta la confianza que le inspiraba a la joven, que Katia no supo contenerse y le confesó su pena diciéndole:

—¡Ay, Varvara!... ¡Llevo sobre mi alma el peso de un pecado y no me puedo librar de él!... ¡No puedo!

—Has hecho mal en no ser franca conmigo, aunque me parece adivinar lo que te ocurre.

Katia la miró espantada. ¿Acaso podrían todos, como lo había hecho Varvara, descubrir en ella el secreto de aquel amor que llevaba oculto? Para mayor seguridad todavía, Varvara siguió diciéndola:

—Observo, desde hace tiempo, que amas a alguien, ¿verdad?

Katia bajó la cabeza sin atreverse a confesar aquella verdad y Varvara le preguntó:

—¿Puedes decirme su nombre?... ¿Quién es?

—Boris Gregorevitch—respondió Katia, sin fuerzas ya para seguir ocultando su pasión.

—¿Y él te ama?—preguntó Varvara.

—Sí—respondió Katia—. Sé que también me ama.

Varvara estuvo unos minutos en silencio como luchando consigo misma, hasta que finalmente se acercó aún más a su cuñada y en voz baja, para que nadie pudiera oírlo, le dijo:

—Tranquilízate, mañana marcha mi hermano.

—¿Qué quieres decirme con eso?—preguntó Katia, sin comprender el alcance de aquellas palabras.

—Pues que cuando él se marche pediremos permiso a la madre para dormir en el jardín.

—¿Para qué?—preguntó, sin adivinar la intención de Varvara.

Esta sonrió picarescamente y le respondió:

—Porque allí será más fácil de arreglarlo todo. Tú déjame hacer a mí.

Y Katia, que jamás había tenido voluntad propia y menos aún desde que entró en aquella casa, dejó que su cuñada llevara a cabo el plan que se había propuesto, sin saber lo que en resumen iba a hacer.

Al día siguiente Varvara buscó a Katia y le dijo confidencialmente:

—Le he visto esta tarde en el paseo,

—¿A quién?—preguntó Katia, aun cuando su corazón le decía claramente quién era la persona a quien había visto su cuñada.

—¿A quién ha de ser?—le respondió ésta riendo—. A Boris Gregorevitch... ¡Qué triste estaba!

Katia sintió que todo su cuerpo se estremecía al recuerdo del hombre amado y le dijo:

—No me hables de él... ¡Quiero arrancar de mí ese recuerdo! No quiero pensar en él.

—No pienses—le dijo su cuñada—. Nadie te obliga.

Katia, como si hablase con su sombra, como si nadie la escuchase, repitió en voz alta:

—¡No quiero pensar, no!... ¡Pero no puedo evitarlo!

Varvara la abrazó con aquella efusión cariñosa que tantas veces le había demostrado y le dijo:



Las comadres le habían
dado informes.



Boris Gregorevitch ama-
ha también a Katia.



Nada de cuanto la rodeaba le hablaba de amor.



Tikhon avanzó hacia ella.





Esperaba la llegada de Katia



Leo en sus ojos ese amor



Fueron días de una
dicha inefable.



- ¡Déjale!



—¿Y por qué poner?... ¿Crees que alguien se apiadará de ti?

De sobras sabía Katia que era verdad lo que le decía su hermana política. ¿Quién se apiadará de ella?... ¿De quién podrá esperar un auxilio que la librase de aquel esplicio en que vivía? Se consideraba sola y, por lo mismo calló sin querer responder al razonamiento de su cuñada que volvió a decirle:

—Si le vuelvo a ver le diré que venga.

—¿Para qué?—preguntó Katia asustada—. No debe venir.

Pero interiormente deseaba verlo, deseaba estar a su lado, tenía necesidad de decirle el gran amor que por él sentía y sentirse acariciada por aquel hombre, único a quien amaba y amó en su vida.

Como le había dicho Varvara, aquel día Tikhon tenía que ausentarse por algunos días y su madre llamó a Katia para que su hijo le indicase lo que tenía que hacer mientras duraba su viaje.

Cuando la joven llegó adonde estaban el hijo y la madre, ésta le dijo a la muchacha:

—Despídete de tu marido.

Katia, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, venciendo la repugnancia que le producía su marido, le echó los brazos al cuello en señal de despedida y su suegra le gritó indignada:

—¿Por qué te cuelgas de su cuello?

Katia se volvió a su suegra sin saber qué hacer, ni cuál era la falta cometida, y ésta volvió a decirle:

—¡Es tu marido, tu jefe!... ¡Póstrate ante él!—Y dirigiéndose a su hijo siguió diciéndole:

—¡Ordena a tu mujer cómo ha de vivir durante tu ausencia!... ¡Dile que me tiene que obedecer!

Tikhon, siguiendo la orden de su madre, le dijo a su esposa:

—Obedece a la madre, Katia.

—¡Que me respete!—volvió a ordenar la vieja.

—Respétala—repitió el esposo, sin pensar en la humillación a que estaba sometiendo a su mujer.

—¡Que no se asome a la ventana!

—No te asomará a la ventana—le volvió a ordenar Tikhon.

—¡Que no mire a los jóvenes!—exigió a continuación la vieja.

—Katia—le dijo su marido—, no mirarás a los jóvenes.

La pobre muchacha pensó en el otro, en lo sola que se quedaba y tuvo miedo de pesar, tuvo miedo de no poder contener su amor, y para evitar aquella falta suplicó a su marido:

—¡No te marches!... ¡Quédate!

Y ante la severa mirada de su madre, Tikhon le preguntó indignado:

—¿Quieres mandarme lo que debo hacer?

—No—exclamó ella—. Sólo te suplico que si te vas me lleves contigo.

—¿Qué voy a hacer yo contigo?—respondió groseramente Tikhon, que no era capaz de experimentar ni el menor sentimiento conmisericordioso hacia aquella desgraciada.

—Atraparme—insistió Katia—. Es tu obligación no separarme de tu lado.

Su esposo la miró con severidad. Le importaba poco el sufrimiento de su mujer, y para hacer aún más dura su despedida le dijo:

—¿Estoy deseando huir y quieres venir conmigo?

Katia sintió su dignidad de mujer ofendida como nunca lo había sido hasta entonces. Comprendió que jamás podría esperar de aquel hombre un destello de noble sentimiento y bajando la vista al suelo lo dejó marchar, mientras su pensamiento voló, con más cariño que nunca, hacia el ausente.

Durante todo el día, Katia sintió un gran desasosiego. Varias veces se encerró en su cuarto y rogó a Dios que la librara de aquel suplicio en que vivía y sobre todo que borrara de su corazón el recuerdo del otro hombre a quien amaba.

Mas todas sus plegarias, todo su misticismo y toda su fe, no pudieron hacerle olvidar a Boris Gregorevitch.

Temía pecar, temía el castigo divino que caería sobre ella por la falta que aún no había cometido y quiso hacerse fuerte y se dijo a sí misma que no vería a Boris aun cuando él viniera a verla.

Mientras tanto Boris había sido advertido de la forma en que podría ver aquella noche a su amada y antes de la hora ya esperaba la llegada de Katia.

EL ENCUENTRO

Resistió Katia a ir donde sabía que estaba Boris esperándola. Presentía una gran desgracia, pero su amor era más fuerte que su voluntad y cuando cerró la noche acudió adonde estaba él, que al verla corrió a su encuentro diciéndole:

—Katarina Petrovna... ¿Cómo agradecérselo?... ¡Si supiera cómo la amo!

Ella sentía que su corazón latía febrilmente. Como una paloma asustada se sentía ante aquel hombre en cuyos ojos leía la gran pasión que sentía por ella. Débilmente, como un suspiro doloroso, Katia le reprochó el haber venido diciéndole:

—¿Por qué ha venido usted?... Yo soy casada.

—¿Qué importa que lo sea si usted no puede amar a ese hombre?—exclamó con vehemencia Boris.

—Pero me debo a mi marido hasta la muerte—replicó ella.

—Eso es una locura—le dijo Boris—. El amor es más fuerte que todos los deberes. Usted no puede sentir ninguna consideración hacia ese hombre que no ha sabido hacerla sentir el verdadero amor... Usted es una mujer que necesita otro cariño, que necesita ser comprendida y su esposo jamás podrá adivinar las exquisiteces que encierra su alma.

—No—protestó ella débilmente—. No me hable así... Debemos pensar en Dios, en la justicia divina y no obrar mal.

—Obrar mal es oponerse a los deseos de la Naturaleza... Negarse a vivir la felicidad que Dios ha otorgado a todos los seres que se aman... ¿Por qué nosotros vamos a negarnos esa dicha?

Katia callaba, ya sin fuerzas para responder. Todo el amor que sentía por Boris estallaba en su pecho como una imponente tempestad y en medio de ella la lucha sostenida era superior a sus fuerzas. Las frases amorosas de Boris iban poco a poco reduciendo su negativa, se sentía cada vez más débil para resistir y él, apreciando el momento definitivo de la victoria de su amor, le dijo:

—Katia, es inútil que lo niegue... Usted me ama, como yo

la amo. Hemos nacido el uno para el otro y será inútil querer torcer el destino que nos ha marcado la Providencia... No lo puede negar... Leo en sus ojos ese amor... Ellos, que no saben mentir, me confiesan lo que sus labios se empeñan en callar.

—¡No!—protestó asustada Katia.

—Sí, Katia—exclamó él enlazándola en sus brazos—. Tú me amas, me amas... Es inútil que intentes negarlo... No podrías.

Y era verdad, Katia no intentaba negarlo... No se sentía con fuerzas para separarse del amoroso abrazo en que la tenía sujeta Boris y cuando sintió sobre sus labios el beso ardiente de él, sintió también que por sus venas corría algo parecido a una corriente eléctrica que la imposibilitaba de hacer la menor acción. Cerró los ojos y respondió a aquella caricia con otra. Era aquel el primer beso que había dado en su vida, el primer beso de amor, en el que hacía dejación de todo su ser y se entregaba indefensa al hombre amado.

Y fueron para los dos enamorados días de dicha inefable los que siguieron a aquel su primer encuentro. Katia vivía plenamente su amor, se entregaba a él sin recogimiento alguno, con el ansia de vivir su primera juventud que creyó marchita hasta que despertó lozana y esplendorosa al soplo de aquella pasión de su corazón, que durante tanto tiempo había permanecido oculta y callada en lo más profundo de su alma.

Tal vez muchas veces hasta se olvidó que pertenecía a otro hombre, tal vez se creyó en ocasiones tan libre como el pájaro en el espacio o como el pez en las tranquilas aguas de un río.

Hasta la naturaleza parecía haber recuperado más bríos para someter a aquel amor y en la fiebre de aquella pasión dominadora, de aquella pasión obsesionante, Katia lo olvidaba todo. Ni su fe, ni sus prejuicios, ni nada cuanto hasta entonces había dominado la sencillez de su alma tan propicia a las grandes reacciones, la sometía a la fuerza de aquel amor imperante.

Boris por su parte seguía adorándola, seguía siendo para ella el galán amante, el hombre generoso que le ofrecía a raudales todo aquel caudal de amor y de vida, y los dos

enamorados encontraban las ocasiones más inverosímiles para poderse manifestar una vez más la mágica pasión que parecía había de unirlos para la eternidad.

Muchas veces, cuando Katia se encontraba en los brazos de Boris, lo miraba fijamente a los ojos, como si quisiera que toda su imagen se le penetrara en el alma y en un grito de amor sincero, de pasión incontenida, le decía:

—¡Cuánto te amo, Boris!

El sonreía satisfecho. No era el halago vanidoso del amor el que le satisfacía, sino la dicha de saberse amado por aquella mujer a quien también él adoraba.

Hacía más fuerte la presión de sus brazos y le zuzurraba al oído:

—Yo también te amo, Katia. ¡Te amo como siempre soñé el amor! Quisiera que existiese un mundo diferente, un mundo donde sólo estuviéramos tú y yo para vivir nuestro amor sin tener que ocultarlo a los ojos de nadie.

Pero aquellas palabras traían a la mente de la enamorada joven el recuerdo de la dolorosa cadena que la unía a otro hombre y era en aquellos instantes cuando se despertaba en ella cierto temor, que no podía ocultar y que se lo expresaba a Boris diciéndole:

—Tengo miedo, Boris.

—Miedo. ¿de qué?—le preguntaba él sonriendo.

—Miedo de esta falta que cometemos... Dios no me la perdonará nunca. Yo juré a mi marido no mirar a ningún joven, no asomarme siquiera a la ventana... ¿Crees que Dios me castigará?

Boris la acariciaba como si fuese una chiquilla a quien asustaba un fantasma quimérico y le respondía:

—Nada temas, Katia. Nuestro amor no ofende a nadie, porque es el amor sincero de dos corazones que se aman. Ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que pasa.

—¿Quién entonces?—inquiría ella extrañada.

—La culpa es de nuestras costumbres. ¿Por qué te casaron a ti con un hombre que no amabas?... ¿Qué has puesto tú de tu voluntad para unírte a ese hombre? No amamos a aquella persona a quien se nos dice que debemos amar, sino que el corazón ama a quien él quiere. Podremos imponer nuestra voluntad en todo, en todo menos en ese sentimiento que es

espontáneo y no se somete ni a conveniencias, ni a mandatos.

Hablaba Boris con tal convicción, sabía hacerlo de tal forma que Katia se extasiaba oyéndole.

¡Cuánta diferencia entre él y su marido! ¡Qué contraste más fuerte formaba aquel hombre que sabía decir tan bellas cosas, que sabía por lo menos pensar, y la del otro en cuya imaginación obstruida por el alcohol, no aparecían más que ideas ofensivas y deseos de humillación! Boris enaltecía a la mujer, sublimizaba el amor; su esposo, por el contrario, humillaba a la esposa y vejaba el verdadero amor.

Por otra parte la juventud, la elegancia, la simpatía que irradiaba de la persona de Boris era también un contraste con la de Tikhon, tan repulsivo, tan odioso.

¡Mas qué son unos días de felicidad, unos días de amor, para dos seres que se idolatran! Preguntar a dos enamorados cuando hayan pasado dos años por el tiempo transcurrido y apenas se habrán dado cuenta de ello. Esto mismo sucedió a Katia y a Boris. No se daban cuenta de que los días corrían, de que se aproximaba el final de aquel idilio, de que el regreso del esposo de Katia se acercaba.

Lo mismo que el borracho no se da cuenta del tiempo que ha durado su borrachera, así también ellos eran insensibles dentro de aquella embriaguez amorosa.

Era un sueño mágico en el que parecía que habían de estar toda la vida. Mas de pronto la realidad vino a abrirles los ojos, la vuelta de Tikhon fué para Katia un despertar brusco, un despertar que no sólo la alejó del ser amado, sino que hizo vibrar en su alma todo aquel misticismo, todo aquel temor a las cosas divinas y al castigo de Dios.

Para llegar a comprender hasta dónde llegaba la fuerte sensibilidad de Katia, hasta dónde alcanzaban sus prejuicios, bastaba conocer el miedo, el espanto que le causaba la tormenta. Creía que aquello era un indicio del castigo que había de recibir un pecador y su cuerpo se estremecía. Cuando había tormenta, la joven corría a ocultarse, cerraba los ojos para no ver el resplandor de los relámpagos y se tapaba los oídos para no oír los truenos.

Diríase que las mismas fuerzas eléctricas de que se hallaba

cargada la naturaleza la poseían a ella y hacían que todo su cuerpo vibrase al influjo de aquel poder magnético.

Era en aquellos días cuando asustada corría a la iglesia por postrarse ante las imágenes y rogar con un fervor fanático el perdón para sus culpas.

Cuando volvió su esposo Katia empezó a sentir el remordimiento por la falta cometida. Sentía el peso de su conciencia que continuamente le gritaba y la acusaba por el pecado e interiormente sufría por el silencio a que se veía sometido.

Era imposible concebir un martirio mayor que el que a él misma se imponía ella con la recriminación que íntimamente se hacía.

Tikho: al principio ni siquiera se dio cuenta de ello. Para él su mujer ofrecía poco interés o casi ninguno y sometido como siempre a la voluntad materna, no se detenía a pensar en el dolor de aquella infeliz cuya vida iba consumiéndose en el fuego de aquella acusación íntima.

Un día fueron a la iglesia. El tiempo hacía presagiar tempestad, pero sin preocuparse de ello, madre, hijo y Katia entraron en el templo.

El silencio místico de aquel lugar, la voz grave del sacerdote y la penumbra en que todo se hallaba sumido, influyeron sobre el ánimo de Katia soberanamente. La muchacha dirigió su vista a una de las imágenes y le pareció que la placidez de su rostro cambiaba de expresión ante ella. Los efectos de luces al pasar la claridad del día por entre las ventanas, daban a las imágenes un aspecto de rudeza, de acusación, que Katia se sobrecogió pensando que era ella la causa de aquella transformación. Tal vez las imágenes al ver ante ellas a la pecadora que había faltado a su juramento de fidelidad, mostraban aquella severidad para darle a entender que su culpa sería castigada y que el poderío divino haría llegar hasta ella toda su fuerza y el castigo justo que se merecía.

Apartó la vista de la primera imagen visiblemente conmovida, pero como atraída por un poder misterioso mucho más fuerte que su misma voluntad, lentamente fué levantando la vista hacia otra imagen.

Advirtió en ella el mismo gesto de dureza, la misma expresión de acusación y una zozobra infinita, una angustia mor-

tal se apoderó de la pobre mujer. De haber estado sola se habría arrojado a los pies de aquellas imágenes y les habría pedido conmiseración para ella, olvido de sus culpas y un poco de paz para su alma.

Pero a su lado se encontraban su esposo y su suegra. ¿Acaso ellos habrían sido capaces de sentir el menor sentimiento compasivo hacia ella? ¿Acaso ellos habrían podido comprender el verdadero estado de su alma?

Tanto para el uno como para la otra, la mujer no podía disponer de sí misma, ni siquiera de su amor; para ellos la mujer carecía de voluntad propia y tenía que pasar por la vida como una sombra sometida al capricho de los padres primeramente y al yugo del marido después.

Ninguno de los seres, de infinitos sentimientos, habrían llegado a comprender la grandeza de un amor verdadero, de un amor más fuerte que la vida misma y por eso Katia hizo un esfuerzo supremo y consiguió mantenerse aparentemente tranquila, con mayor facilidad todavía puesto que su esposo no se fijaba en ella.

De pronto el ruido lejano de un trueno hizo estremecer a la joven. La tempestad iba poco a poco acercándose y Katia sentía ya sus efectos, aquel pánico horrible que siempre la poseía.

Un relámpago iluminó instantáneamente todo el templo y la muchacha cerró los ojos como si hubiera recibido sobre ella misma aquella descarga atmosférica.

Por fin terminó la misa y salieron del templo. Ya en la misma puerta un nuevo relámpago iluminó un testero del templo donde se hallaba pintada una reproducción del juicio final. Involuntariamente Katia vió aquel cuadro y la poseyó un terror inmenso. Sintió que sus fuerzas le faltaban, que apenas si podía dar un paso. Tuvo la sensación de que aquello era un aviso celestial que le ponía ante sus ojos la visión del juicio ante el cual había de comparecer ella para dar cuenta de sus pecados.

Insensiblemente dió varios pasos más hacia la calle y apenas llegó a ella sintió que una negra nube le privaba de la vista. Un temblor se apoderó de ella, le faltaron las fuerzas y cayó pesadamente al suelo.

Los que habían a la puerta del templo contemplaron la

caída de la pobre muchacha y ninguno de ellos hizo el menor gesto para correr en su auxilio. No obstante, Tikhon avanzó para levantarla, pero su madre se le interpuso con un gesto enérgico y de hijo:

—¡Déjala!

Ante aquella orden Tikhon no se atrevió a insistir y permaneció en el mismo lugar que estaba, esperando que su mujer se levantase.

LA CONFESION

Al cabo de unos pocos segundos Katia volvió a reanimarse y sin ayuda de nadie se levantó del suelo y echó a andar en unión de sus familiares. Ninguno de ellos le preguntó nada, ni siquiera se interesaron por ella.

Pero de Tikhon se apoderó un presentimiento. No le cabía duda de que lo que le había pasado a su mujer debía ser el remordimiento de algún pecado grave y en cuanto llegaron a su casa le preguntó:

—¿Que te ha pasado, Katia?

Ella calló sin querer responder a su pregunta. Estaba atemorizada por el ruido de los truenos y apenas si tenía fuerzas para coordinar sus ideas.

Tikhon, con el mismo gesto grave que antes y con mayor seguridad aún respecto a sus presentimientos, insistió de nuevo:

—¿Qué te ha ocurrido?

—La tempestad—murmuró ella, como si con aquellas palabras quisiera explicarle todo su temor.

—¿Y por qué ese miedo a la tempestad?—preguntó otra vez Tikhon.

—Porque la tempestad es un aviso del Cielo a los pecadores.

—¿Y tú has pecado?

Katia calló otra vez. No se sentía con fuerzas en aquellos instantes para negar, ni tampoco quería discutir con su esposo. Pero aun cuando sus labios permanecieran silenciosos, sus ojos y su actitud la acusaban de tal forma que las sospechas de Tikhon iban adquiriendo cada vez mayor fuerza. No podía comprender hasta qué punto alcanzaban los pecados que su mujer podría haber cometido, pero sí adivinaba en su actitud y en su espanto que solamente una conciencia culpable podía sentir aquel terror que ella experimentaba.

En vista de que Katia seguía sin decir nada, él, queriéndola hacer confesar toda la verdad, le dijo:

—¡Aunque te ocultes, Dios te ve!... ¡Es inútil que quieras callar, porque la justicia de Dios es mucho mayor y te hará decir la verdad!... ¡Habla!...

Pero era inútil, Katia no respondía a sus preguntas y Tikhon poco a poco iba sintiendo que su paciencia se acababa y le dijo nuevamente:

—¿Acaso en mi ausencia has hecho algo?... Anda, Katia, confiesa tu pecado. No me lo ocultes... Yo lo sé todo, pero quiero saberlo por ti misma.

Aquel terror de que estaba poseída, aquella excitación nerviosa que en ella producía la tormenta fué mayor que sus fuerzas. No se sintió con ánimos para seguir aquel interrogatorio torturador y se decidió a confesar toda la verdad.

Dejándose llevar por aquel impulso, fuera de sí, como si hubiera perdido el equilibrio mental, exclamó dolorosamente:

—¡Mi corazón se desgarrá!... ¡No puedo más!

Sus gritos de desesperación hizo que acudiera su suegra y al ver el estado de Katia miró a su hijo interrogativamente y éste le dijo:

—¿Qué pecados pueden ser los tuyos, madre?

—¿Cómo sabes eso?—preguntó la vieja.

—Ella misma ha estado a punto de confesarlo... Dice que no puede resistir más.

—Katia miraba a la madre y al hijo y les pareció tener

ante él a dos jueces que esperaban su confesión para juzgarla. Decidida a sufrir el castigo de la culpa que sobre sí misma se echaba, exclamó:

—¡Madre!... ¡Tikhon!... ¡Yo he pecado!

—¿Que has pecado?—preguntó la vieja—. ¡Expílicate!

—¿Cuál ha sido tu pecado?—le exigió nerviosamente Tikhon.

Ella, sin importarle ya nada de lo de este mundo, sin temer ni a la misma muerte que ante ella hubiera aparecido en aquel instante, exclamó:

—¡He pecado ante Dios y ante vosotros!

Siguieron sin comprender Tikhon y su madre las palabras de la joven y la vieja creyó que todo aquello se debía indudablemente al efecto que sobre Katia producía la tempestad. Pero Tikhon le preguntó:

—¿Qué clase de pecado es el que has cometido?

Katia miró a los dos, tuvo fuerzas para sentirse valiente ante ellos y siguió diciéndoles:

—¿No presté juramento de no mirar a nadie?

—Así lo hiciste—respondió su marido—. Ante mi misma madre lo prestaste.

—Pues no lo he cumplido... No he cumplido ese juramento.

—¿Y qué has hecho?—inquirió la vieja, que empezaba a darse cuenta de toda la verdad—. ¿Qué hiciste desgraciada?

—Yo abandoné la casa la primera noche de la marcha de mi marido.

—¿Huiste de ella?—preguntó la vieja.

—No—insistió Katia—, la abandoné, y también la otra y la otra... No quise llevarme contigo y pequé con el hombre que quería.

—¿Con quién?—preguntó el marido.

—¿Con quién?—preguntó la vieja, al ver que Katia no daba el nombre del hombre a quien se había entregado ultrajando aquel hogar.

—¡Con Boris Gregorevitch!

—¡Boris Gregorevitch!... ¡El sobrino de tu tutor!—exclamó el marido.

Katia bajó la cabeza en señal de asentimiento y esperó tranquila el golpe definitivo que había de librarla de aquella angustiosa situación en que se encontraba.

Tikhon, aun cuando esperaba una confesión análoga, no por eso dejó de sorprenderle. La infidelidad conyugal era en aquellos tiempos un pecado tan execrable que la mujer huía de él espantada, convencida del castigo que se impondría.

Pasados los primeros instantes de estupor, Tikhon exclamó con ira reconcentrada:

—Antes ese pecado se pagaba con la vida... Merecerías que te arrojase al Volga.

Su madre interpuso para evitar que su hijo pudiera cometer cualquier locura y queriendo llevar su venganza hasta el límite, le dijo:

—¡Matarla!... ¡No!

No era compasión lo que sentía hacia la joven, no era ni el menor sentimiento de piedad, si no todo lo contrario. Con la muerte Katia habría terminado sus sufrimientos y se consideraría libre de aquella culpa que la atormentaba. Era preciso otro castigo mayor, otro castigo que la hiciese morir lentamente en una agonía interminable. Si Tikhon la mataba, además de recaer sobre él la culpa de aquel asesinato, Katia se creería que moriría libre de todo pecado, puesto que con la muerte habría expiado su pecado, y por lo mismo dijo a Tikhon:

—La muerte es poco para ella.

—¡Merece morir!—exclamó Tikhon—. ¡Merece morir como un perro!

—Pero si la matas su pecado quedará perdonado.

—¿Qué hacer entonces?—preguntó Tikhon.

—Dejarla que viva—le dijo su madre—. Dejarla que siga viviendo para que su pecado la torture y la deje una hora de paz.

Y ante el desprecio de su esposo y de su suegra, Katia se vió arrojada de aquel hogar sin saber donde ir, ni donde dar con su cuerpo.

LA EXPIACION

Ninguna luz brillaba en el horizonte de la existencia de aquella infeliz mujer, nada la ataba con la vida, puesto que jamás había sentido tampoco la dicha de vivir. Repasando toda su vida tan solamente aquellos días de amor al lado de Boris eran los que acudían a su memoria felices.

Un sollozo de infinita tristeza acudió a su garganta y se dijo:

—¿Dónde ir?... ¿Para qué quiero la vida?

Y como si una voz interior le respondiera, pensó en Boris. Sí, a su lado es donde únicamente podría vivir, pero también aquella dicha le estaba negada. Ella era una mujer repudiada por su marido y esto era todavía peor que ser la amante de un hombre. Ni él mismo la admitiría a su lado, a pesar del amor que siempre había sentido por ella.

Desde que salió de casa de su esposo, todo su afán fué aquél, volver otra vez al lado de Boris, verlo aunque sólo fuera una vez y después morir. Nada le importaba la muerte si aquella la sorprendía en la seguridad de saberse amada por Boris.

Con el afán de encontrarlo y de poderlo ver acudió en su busca y él al verla la dijo:

—Te he buscado. Tenía necesidad de verte, para despedirme de ti.

—¿Te ausentas?—preguntó ella tímidamente.

—Sí—le dijo él—. Para mí es un verdadero sacrificio, pero la vida a veces nos exige cosas superiores a nuestras fuerzas. Hay que ser fuertes y saberse imponer.

Ella iba comprendiendo que lo que él le decía era verdad. ¿Cuántos sacrificios no había exigido de ella la vida?...

¿Cuántos dolores no la había hecho sentir? Sin embargo esperó a que él continuara hablándole y Boris le dijo:

—Mi tío se empeña en mandarme fuera de aquí.

—¿Dónde?—preguntó ella.

—Me marchó para Siberia.

—¿A Siberia?—preguntó Katia asustada—. ¿Has dicho a Siberia?

—Sí—respondió sonriendo para tranquilizarla Boris—. Mi tío me envía a las oficinas que tiene allí montadas.

—¿Y no te volveré a ver más?—preguntó con angustia Katia—. Es decir, ¿que te irás lejos, tan lejos que ya no nos será posible vernos?

Boris no se atrevió a responder. También a él le dolía aquella resolución de su tío, también él sentía el mismo pesar al pensar que no volvería a ver a Katia.

El dolor de los dos enamorados era igual, solamente que el de él encontraba en su voluntario varonil el consuelo y la resignación que a ella le faltaban.

Al ver llorar a Katia, al darse cuenta del pesar que experimentaba la joven, Boris la acarició suavemente y le dijo:

—¿Qué hacer, Katia?... ¡Hay que resignarse!

—Llevas razón—respondió ella—. Yo también me marchó, también quiero huir de aquí, no sé dónde, pero quiero huir.

Entre lágrimas le refirió cuanto le había pasado con su esposo la confesión que le había hecho de su culpa y la actitud de Tikhon arrojándola de su hogar.

Boris permaneció unos momentos en silencio. Interiormente se acusaba de haber sido el causante de la desgracia de aquella mujer y tuvo un arranque de decisión en el que pensó en negarse a cumplir los deseos de su tío.

Pero Katia fué la primera en aconsejarle lo contrario. ¿Qué podía esperar al lado de ella?

Durante unos segundos quedaron silenciosos hasta que él la dijo:

—Katia, es tiempo de que me marché...

Katia lo miró fijamente como si quisiera adentrar más dentro de su alma el rostro del ser tan amado y le dijo:

—¡Espera!... ¡Espera!... ¡Déjame mirarte por última vez!

Se abrazaron y durante unos minutos confundieron sus

cuerpos en aquel abrazo que debía ser el último que se daban.

Marchó Boris, seguido por la mirada de ella, que al desaparecer sintió como si hubiera un vacío a su alrededor. Ya nada la ligaba con este mundo, nada tampoco podía esperar de él.

Recordó las palabras de su suegra cuando dijo a su hijo: «Mejor es que viva para que su pecado la torture», y, «para qué vivir», se preguntó a sí misma.

Con paso seguro se dirigió hacia el barranco, en sus profundidades podría encontrar la paz que tanto necesitaba su alma.

Pensó nuevamente en Boris y con el nombre del ser amado en los labios puso fin a su existencia, aquella existencia que tan pocos momentos felices le había ofrecido.

FIN

SELECCION FILMS DE AMOR

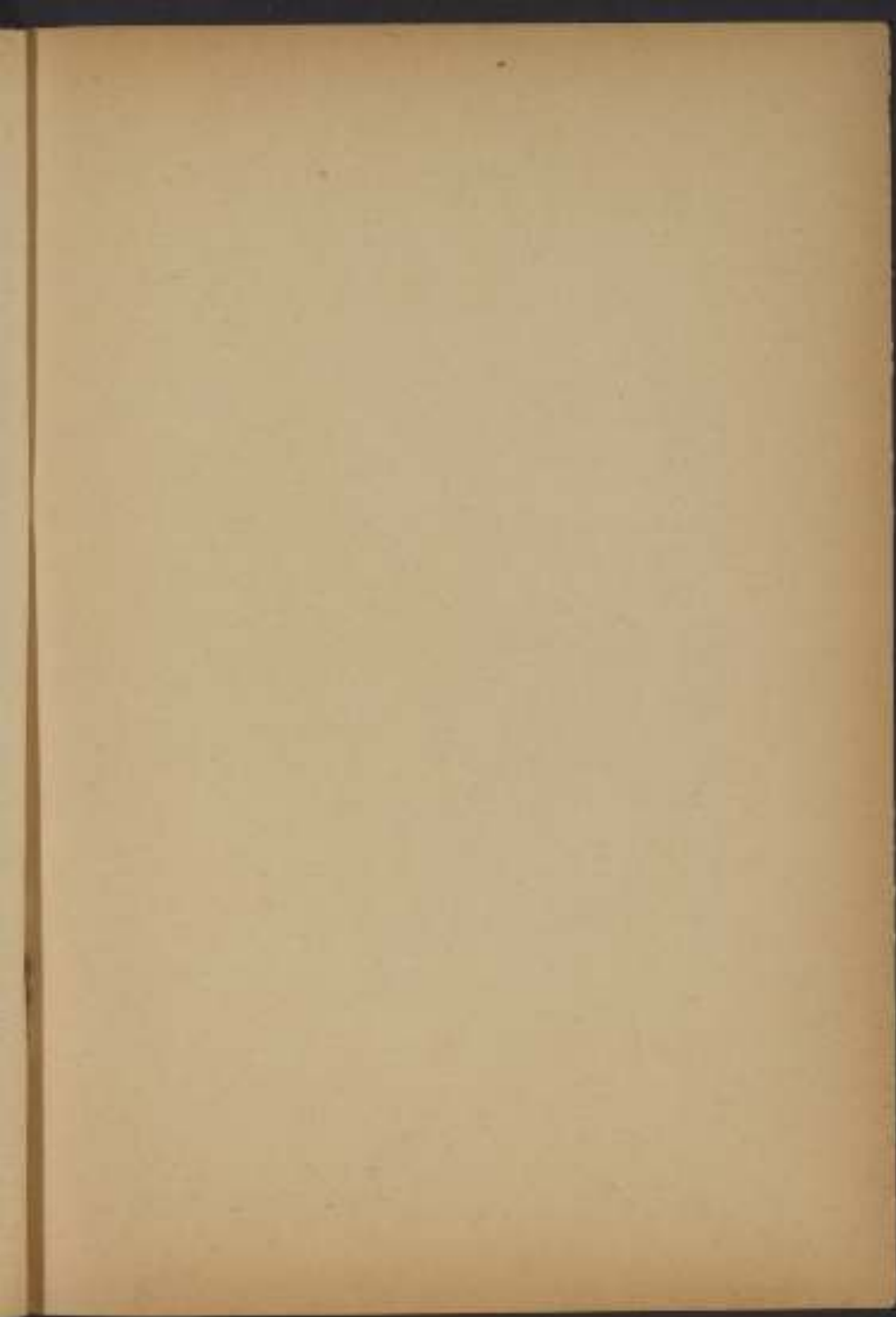
36 páginas de texto - ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-80 céntimos

AYE DEL PARAISO ...	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO ...	Kathá de Nagy.
EL PRINCFE DE ARCADIA ...	Liane Haid.
LA INSACIABLE ...	Carole Lombard.
EL VENCEDOR ...	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO ...	George Bancroft.
TENTACION ...	Joel Mac Cren.
ESTUPRACIENTES ...	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA ...	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF ...	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR ...	Aulia Page.
LA MUJER DESNUDA ...	Fioralia.
NOCHE DE GRAN CIUDAD ...	Jaqueline Franconi.
VERONICA (La flautista) ...	Françoise Usal.
LUCE DEL BOSTON ...	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Graxia de sal) ...	Françoise Usal.
ESPION EN ACCION ...	Brighton Helm.
VIAJE DE IDA ...	William Powell.
LOS NIDELUNGS ...	Paul Richter.
HOY O NUNCA ...	Jean Klepura.
EL DIAMANTE ORLOW ...	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITCH ...	Martha Eggerth.
SAGRARIO ...	Ramón Pereda.
AEROPUERTO CENTRAL ...	Richard Barthelmess.
DOBLE SACRIFICIO ...	John Barrymore.
CARADOR Y FELICES ...	Henry Garat.
EL PEQUEÑO GIJANTE ...	Edward G. Robinson.
YARABOYA ...	Therese - L. Chavaler.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.



AVANCE

DE LAS GRANDES OBRAS DE LA
PRÓXIMA TEMPORADA QUE APARECERÁN EN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(EL TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

Andrajos de la opulencia	Lionel Atwill
El amor que hace falta a las mujeres.	Olga Tchekowa
El niño de las coles . .	Rafael Arcos
El último vals de Chopin	
Federica	Mady Christians
La dama de las camelias	Obra maestra de A. Dumas
La Virgen de la Roca .	Collette Darfeuil
Noches de Montecarlo .	Mary Brian
Noches moscovitas . .	Annabella
Odios de buzo.	Lon Chaney, hijo
Rapto	Dita Parlo
Requiem de Mozart . .	
Te quiero y no se quién eres.	Dorotea Wiek

Las obras figuran por riguroso orden alfabético
por estar todas al mismo nivel artístico y literario

EXIJA SIEMPRE Y EN TODAS PARTES

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRECIO
ACTUAL 1.-- Ptas.